

INTRODUCCIÓN DEL PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA SU EMINENCIA CARDENAL CAMILLO RUINI*

Eminencias, Excelencias, queridos hermanos y hermanas:

Estoy especialmente contento de daros la bienvenida en nombre de la Conferencia Episcopal Italiana, de la Iglesia diocesana de Roma y de su Obispo el Papa Benedicto XVI, con el que nos encontraremos mañana por la tarde en la Basílica de San Pablo Extramuros, con ocasión de las Vísperas con las que concluirá la semana de oración por la unidad de los cristianos. Él mismo querrá recibirnos al día siguiente en una audiencia en los Palacios Apostólicos como testimonio de hasta qué punto es alta su preocupación por Europa. Ha querido sellar esta solicitud en su propio nombre, Benedicto, apenas elegido Obispo de Roma.

Me parece particularmente significativa la elección de iniciar en Roma esta singular “peregrinación”, que concierne a los cristianos pertenecientes a las diversas Iglesias y Confesiones cristianas de Europa y que concluirá en septiembre de

* Traducción de la lengua italiana al español de la Prof. Dra. Rosa Herrera García. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

2007 en Sibiu, en Rumanía. Esta ciudad de Roma, que ha visto la predicación y el testimonio de los apóstoles Pedro y Pablo, se alegra al veros peregrinos en sus tumbas. Como tantísimos creyentes a lo largo de los siglos, también vosotros, en nombre de las Iglesias y las comunidades cristianas, venis ante la tumba del apóstol Pedro, a quien Jesús por tres veces preguntó: “¿me amas?” y al lugar del martirio del apóstol Pablo, que anunció a las gentes la gran noticia de Jesucristo, luz del mundo. Las catacumbas, el Coliseo, el Circo Máximo, los antiguos centros de culto y las mismas calles y plazas de Roma han sido lugares donde numerosos cristianos de los primeros tiempos dieron la vida, hasta el martirio, para testimoniar su fe en el Señor. Esta ciudad, también a través de estos testimonios visibles, nos recuerda que la fe exige también hoy un testimonio martirial. Juan Pablo II ha querido que la Basílica de san Bartolomé en la Isla Tiberina recogiese los testimonios de los “nuevos mártires” del siglo pasado pertenecientes a todas las Iglesias y Confesiones cristianas, para que comprendiésemos hasta qué punto el testimonio común del martirio es fuente de unidad entre los discípulos del Señor. Vuestra peregrinación a Roma reclama de nosotros, habitantes de esta ciudad, la gran responsabilidad de ser fieles a la vocación inscrita en esta aventura de fidelidad al Evangelio. Conscientes de nuestras fragilidades y de nuestras debilidades tenemos el vivo deseo de acogeros a todos como hermanos y hermanas, y tenemos la esperanza de que os sintáis realmente en casa.

Esta vuestra peregrinación tiene no obstante una nota realmente particular, porque nos reclama a todos nosotros la responsabilidad de cristianos frente a la construcción de Europa. Sabemos lo urgente que es reencontrar un testimonio común para ser más incisivos en la edificación de Europa. La historia de los últimos siglos nos muestra hasta qué punto ha sido grave el pecado de la división también con relación a las tragedias que han desgarrado este continente nuestro. Hoy, al inicio del nuevo milenio, se presentan ante nosotros numerosas y comprometedoras preguntas y piden por nuestra parte una renovada atención y una respuesta más decidida. Pienso en el mismo proceso de unificación europea que, no sólo a causa de las posiciones negativas de Francia y de Holanda sobre el tratado constitucional, vive una crisis de ralentización que obliga a todos a una nueva y más profunda reflexión so-

bre la idea misma de Europa y sobre los fundamentos de toda la construcción.

El intercambio de dones acaecido entre el Este y el Oeste de nuestro continente europeo, hecho posible por la caída del trágico muro que nos dividía, ha sido sin duda un momento determinante que sella de manera irreversible nuestro futuro, pero el camino hacia la unidad europea está en gran medida aún por realizar. Este futuro sólo será posible si todos somos capaces de descender a las raíces profundas de Europa, de su cultura, de su tradición cristiana, de su sabiduría humanística, de su capacidad de acogida y de armonización. Esta madurez hará a Europa capaz de recuperar su vocación y su papel en el interior de un mundo que cambia rápida y profundamente: en particular sentirá la responsabilidad de no dejar a África al margen de los juegos políticos y económicos mundiales y se interrogará sobre cómo el cristianismo puede ser luz para el gran encuentro con Asia donde vive la mayor parte de la población del mundo, con sus culturas y religiones milenarias. Y sabrá llevar además su savia al interior del continente americano que ha sido como generado por ella. Ahí está además el gran fenómeno de las migraciones de los pueblos, que está creando en Europa una nueva condición económica, social, cultural y religiosa. Y aquí las preguntas se vuelven urgentes y graves, sobre todo si se trata de la compleja y abigarrada migración islámica, como han mostrado los acontecimientos franceses: ¿cómo convivir? ¿qué tipo de integración se requiere? ¿cuáles son las vías para el diálogo sin que signifique mengua de la propia identidad religiosa? ¿cómo evitar que el enfrentamiento de civilizaciones diversas se convierta en una realidad? Y para nosotros los cristianos, ¿cómo dar testimonio del Evangelio a las otras culturas y religiones aquí, en Europa y en otros lugares?

Estos interrogantes remiten a otra cuestión más radical que se resume en dos preguntas simples pero esenciales: ¿no está Europa vaciándose de su fuerza cultural, moral y religiosa? ¿no se está desecando en sus venas la sangre que la convirtió en los siglos pasados en un faro de la fe cristiana y de la cultura humanística? Sabemos que no faltan estudiosos que hablan del ocaso de Occidente y más precisamente de Europa. En todo caso, ni siquiera los más optimistas pueden negar la crisis en la que está inmersa Europa. Han sido ilumi-

nadores los debates que el entonces cardenal Ratzinger tuvo con el filósofo Habermas y con el Presidente del Senado italiano Marcello Pera, exactamente sobre este tema: ha habido como una convergencia en el hecho de considerar urgente una nueva alianza, si se puede decir así, entre la fe cristiana y el humanismo europeo para hacer frente a los graves problemas que se plantean hoy en la escena mundial: desde la globalización a la bioética, desde la cuestión ecológica al crecimiento de los conflictos; al ensancharse la brecha entre ricos y cosas similares. No es posible caminar sobre estas fronteras con el corazón vaciado como parece que lo tiene hoy Europa. Los valores religiosos y humanistas que la han sostenido en el curso de su historia no pueden ser sustituidos por la racionalidad científica y tecnológica, por muy desarrollada que esté. No es ésta la sede para profundizar en estos temas que son, no obstante, cruciales. Pero no hay duda de que para nosotros, los cristianos, el desafío se ha hecho cada vez más radical. Y está claro que no podemos afrontarlo reafirmandonos en nuestras divisiones.

El ecumenismo, que interpela ya de por sí la fe de los cristianos, aparece particularmente importante hoy también en sus recodos relativos a la construcción de la sociedad humana, particularmente en Europa. Nuestras divisiones hacen de hecho más difícil el camino de la unión de Europa, debilitan su misión en el mundo y no contribuyen a la paz y el desarrollo. Este encuentro romano nuestro, la peregrinación hacia Sibiu, y sobre todo las numerosas realidades que en cada parte de Europa se encuentran en una perspectiva ecuménica, son el testimonio de una red cristiana que es reforzada de todos modos. Muchos, incluidos los jóvenes, en Europa están poniéndose a buscar para descubrir una luz que pueda iluminar el futuro y una fuente de agua pura y fresca que pueda calmar la necesidad de sentido y de paz. Pienso también en los jóvenes que he encontrado en Colonia el mes de agosto pasado y en los convocados a Milán por la comunidad de Taizé a finales de diciembre y en tantos jóvenes italianos, que con su trabajo evangélico mantienen vivas no sólo nuestras diócesis y nuestras parroquias sino a todo el país. Frente a esta realidad suena todavía menos aceptable la división entre los cristianos. Las numerosas necesidades del mundo, sobre todo las de los más pobres, las preguntas por el sentido que vienen de tantos engañados por los falsos mitos

de un mundo consumista y cruel, nos piden a todos nosotros un nuevo coraje ecuménico, una renovada obediencia al Señor, que nos pide que estemos unidos para apresurar el paso de la comunión y de la unidad.

En este escenario se puede colegir la importancia de este camino ecuménico nuestro que iniciamos en Roma. Nos ponemos en camino juntos, con humildad, para retomar de los apóstoles Pedro y Pablo el evangelio de Cristo “luz que ilumina a todos, esperanza de renovación y unidad en Europa”. La experiencia ecuménica nos enseña que solo podemos avanzar en el camino del testimonio común y de la reconciliación si tenemos el coraje y la paciencia de partir de nuevo juntos desde Cristo y su Palabra. Con esta luz estamos llamados a afrontar las demandas de la historia y también las cuestiones que todavía desgraciadamente nos dividen.

Os doy gracias de nuevo por vuestra presencia en Roma y encomiendo al Espíritu Santo este encuentro y todo el camino hacia Sibiu, para que sea para gloria de Dios y fuente de esperanza para Europa.

Cardenal CAMILO RUINI

